

# RESIDENT EVIL™

VOLUMEN 3

## LA CIUDAD DE LOS MUERTOS



**S.D.PERRY** BASADO EN EL  
VIDEOJUEGO DE CAPCOM

timunmas



**RESIDENT EVIL**  
V O L U M E N 3

**La ciudad de los muertos**



**S. D. PERRY**



**timunmas**

# 1

26 de septiembre, 1998

Los demás la estaban esperando fuera, junto a la camioneta de Barry, por lo que Jill procuró apresurarse. No le fue fácil: la casa había quedado completamente revuelta desde la última vez que ella había estado allí. El suelo de todas las habitaciones estaba cubierto por montones de libros y de papeles, y el lugar estaba demasiado oscuro para andar con rapidez por aquel mar de desechos. Le cabreaba que su pequeño hogar hubiese sido invadido de esa manera, aunque no le sorprendía en absoluto. Se figuró que al menos tenía la buena suerte de no ser una persona sentimental... y de que los intrusos no hubieran encontrado su pasaporte.

Agarró un puñado de calcetines y de ropa interior limpia en mitad de la oscuridad de su dormitorio y lo metió todo sin orden en su desgastada mochila, deseando poder encender las luces. Hacer la maleta en la oscuridad era mucho más difícil de lo que parecía, y lo sería de todos modos aunque no le hubieran registrado a fondo la casa. Sin embargo, sabía que no debía correr riesgos. Era poco probable que Umbrella todavía estuviese vigilando sus casas, pero si alguien lo estaba haciendo, una luz en cualquier habitación podría atraer disparos.

*Al menos has salido al exterior. Se acabó el esconderse.*

Y ésa era la única parte buena. Se dirigían a un país extranjero para asaltar las oficinas centrales del enemigo, y lo más

probable es que los mataran en la operación, pero al menos no tendría que permanecer en Racoon City por más tiempo. Y, por lo que había leído en los periódicos, quizás era lo mejor. Dos ataques en la última semana... Chris y Barry se mostraban escépticos con respecto al peligro que aquello pudiera representar, aun a sabiendas de los efectos del virus-T en la gente. Barry creía que era algún tipo de truco de publicidad, que Umbrella «rescataría» a Racoon City antes de que nadie resultase realmente herido de gravedad. Chris se mostró de acuerdo con esa idea e insistió en que Umbrella no se atrevería a echar mierda en el jardín de su propia casa, es decir, en la ciudad, y menos si se tenía en cuenta que el desastre de la mansión Spencer había ocurrido hacía tan poco tiempo. Sin embargo, Jill no quería suponer nada: los tipos de Umbrella ya habían demostrado que no eran capaces de «contener» los resultados de su investigación. También habría que tener en cuenta lo ocurrido a Rebecca y David Trapp en los laboratorios de Maine...

No era el momento de ponerse a recordar aquello: tenían que tomar un avión. Jill dejó de apuntar al armario con la linterna y, cuando ya estaba a punto de salir para dirigirse a la sala, se acordó de que sólo llevaba un sujetador encima. Gruñó y se dio la vuelta de nuevo para comenzar a rebuscar en los cajones abiertos. Ya tenía ropa más que suficiente, escogida entre la que Brad había dejado atrás en su piso cuando había salido huyendo de Racoon City. Ella y los chicos habían permanecido ocultos en la casa vacía durante varias semanas, desde que Umbrella había atacado la casa de Barry. Aunque la ropa de Brad no le servía a Chris, demasiado alto, ni a Barry, demasiado fuerte, ella había logrado aprovecharla. Sin embargo, la ropa interior femenina no era parte del vestuario del piloto de los STARS, y a Jill no le apetecía bajarse del avión e ir a comprar sujetadores en cuanto llegasen a Austria.

—Vanidad, tienes nombre de corsé<sup>1</sup> —murmuró en voz baja mientras manoteaba entre el montón de ropa.

---

1. Juego de palabras que hace referencia una frase de «Otelo», un drama de William Shakespeare: «Fragilidad, tienes nombre de mujer». (*N. del t.*)



Encontró uno de los esquivos sujetadores después de registrar dos veces los cajones, y lo metió completamente arrugado en la mochila mientras trotaba hacia la pequeña entrada de la casa de alquiler.

Era la segunda vez que había pasado por allí desde que habían decidido ocultarse, y tenía la sensación de que tardaría bastante tiempo en volver. Decidió que se llevaría una fotografía que tenía oculta en uno de los libros colocados en las estanterías.

Pasó con agilidad por encima de los confusos montones y bultos que había en el suelo. Tapó con una mano el extremo de la linterna y apuntó el estrecho haz de luz hacia la esquina donde debía estar la estantería y el libro que buscaba.

La estantería ya no estaba. El equipo de Umbrella lo había arrancado todo de la pared, pero no parecía que hubiesen registrado los propios libros. Sólo Dios sabía qué era lo que buscaban con exactitud. Probablemente intentaban encontrar alguna pista para descubrir el paradero de los renegados de STARS. Después del ataque contra la casa de Barry y de lo que había ocurrido durante la desastrosa misión en la Enseñada de Calibán, ella no se hacía ilusiones con respecto a las probabilidades que tenían de que Umbrella no prestara atención a sus actos.

Jill descubrió por fin el libro que estaba buscando, un ejemplar de tapa blanda de una novela bastante sensacionalista titulada *La vida en la prisión*. Su padre se habría partido de risa. Recogió el libro del suelo y hojeó entre sus páginas. Se detuvo cuando la luz iluminó el rostro sonriente y burlón de Dick Valentine. Le había enviado la fotografía en una de sus últimas cartas, y ella la había metido en el libro para no perderla. Esconder los objetos importantes para ella era un hábito que había adquirido desde muy pequeña, una costumbre que le había sido útil una vez más.

Dejó caer el libro y, mientras miraba la fotografía, se olvidó de la prisa que tenía. En sus labios se dibujó una leve sonrisa. Probablemente era el único hombre al que incluso le sentaba bien el traje naranja de la prisión de máxima seguri-



dad. Se preguntó por un momento que pensaría él de la situación en la que se encontraba metida. En cierto modo, él era responsable de ella. Bueno, al menos de que hubiera ingresado en los STARS. Después de que lo encerraran, había insistido para que dejara el negocio de los robos e incluso llegó a decir que se había equivocado al entrenarla como ladrona...

*Así que cambié de trabajo, e incluso me puse a trabajar para la sociedad en lugar de enfrentarme a ella, y luego la gente de Raccoon City comenzó a morir. Los STARS descubrimos una conspiración para crear armas biológicas complejas con un virus que convierte a todo bicho viviente en un auténtico monstruo y, por supuesto, nadie nos cree, y los miembros de los STARS que Umbrella no puede comprar son desacreditados ante el mundo o son eliminados. Así que nos escondimos, intentamos sacar a la luz alguna prueba y acabamos con las manos vacías, mientras Umbrella continúa jodiendo a todo el personal con sus peligrosas investigaciones y más gente honrada muere por su culpa. Y ahora nos embarcamos en una misión suicida en Europa, con la intención de infiltrarnos en las oficinas centrales de una compañía multimillonaria y así impedir que destruyan todo el maldito planeta. Me pregunto qué es lo que pensarías. Bueno, suponiendo que te creyeras todo eso, ¿qué pensarías?*

—Te sentirías orgulloso de mí, Dick —susurró, sin apenas darse cuenta de que estaba hablando en voz alta.

Tampoco estaba muy segura de que aquello fuera verdad. Su padre quería que trabajara en algo *menos* peligroso, y comparado con lo que ella y sus ex compañeros de los STARS iban a enfrentar, el robo con escalamiento era tan peligroso físicamente como la contabilidad.

Después de un largo instante, colocó con cuidado la fotografía en uno de los bolsillos de la mochila y miró alrededor, a los destrozados restos de su pequeña casa, sin dejar de pensar en su padre y en lo que diría sobre el extraño rumbo que había tomado su vida. Si todo salía bien, quizá podría contárselo en persona. Rebecca Chambers y los demás supervivientes de la misión en la Ensenada de Calibán todavía se mantenían ocultos. Con discreción, habían entrado en contacto con los de-

más miembros de confianza de la organización de los STARS en busca de apoyo e información, mientras esperaban que ella, Chris y Barry les contaran lo que sabían de las oficinas centrales de Umbrella. La sede oficial estaba en Austria, aunque sospechaban que las mentes que habían planeado todo el proyecto del virus-T se encontraban ocultas en algún otro lugar...

*Lugar que no encontrarás si no mueves el trasero. Los chicos pensarán así que te has parado a echarte una siesta.*

Jill se echó al hombro la mochila y dio un último vistazo a la habitación antes de retroceder hacia la puerta trasera, atravesando la cocina. En el aire se percibía un ligero olor a fruta podrida procedente de un cuenco de manzanas y peras que había encima de la nevera y que ya hacía tiempo se había desintegrado en un montón de moho y polvo. Aunque conocía su origen, el olor le provocó un escalofrío que le recorrió toda la espina dorsal. Apresuró el paso para acercarse a la puerta de salida mientras intentaba detener la oleada de recuerdos sobre lo que habían encontrado en la mansión Spencer...

*Pudriéndose mientras seguían caminando, intentando agarrarme con sus húmedos y descarnados dedos, con los rostros de rritiéndose convertidos en una masa de pus y carne podrida...*

—¿Jill?

Ella apenas pudo contener un grito de sorpresa al oír la llamada en voz baja de Chris, que todavía estaba fuera. La puerta se abrió, y la silueta de Chris quedó recortada en la oscuridad por la luz de una lejana farola.

—Sí, estoy aquí —contestó al mismo tiempo que daba un paso adelante—. Siento haber tardado tanto. Los de Umbrella han pasado por aquí con una máquina excavadora.

A pesar de la escasa luz, pudo ver la media sonrisa en su juvenil rostro.

—Estábamos empezando a pensar que te habían pillado los zombis. —Aunque el tono de voz de Chris era risueño, ella advirtió cierto grado de preocupación en ella.

Jill sabía que su intención era reducir la tensión del momento, pero no pudo responder a la sonrisa. Había muerto demasiada gente por culpa de lo que Umbrella había dejado



escapar a los bosques que rodeaban Racoon City. Si el escape del virus se hubiera producido en el centro de la ciudad...

—No tiene gracia —fue lo único que dijo.

La sonrisa de Chris se esfumó.

—Lo sé. ¿Estás lista?

Jill asintió, aunque no se sentía realmente preparada para lo que se les avecinaba. Sin embargo, tampoco se había sentido preparada para lo que dejaban atrás. Su concepto de realidad había cambiado bruscamente en cuestión de semanas, y las pesadillas se habían convertido en lo habitual.

*Grandes compañías malvadas, científicos locos, virus asesinos, sin olvidar los muertos vivientes...*

—Sí —contestó por fin—. Estoy lista.

Salieron juntos. En el mismo instante en el que Jill cerró la puerta, tuvo una repentina y ominosa sensación: jamás volvería a poner sus pies en aquella casa, ninguno de ellos regresaría nunca a Racoon City...

*Pero no porque nos vaya a pasar algo. No, algo va a pasar, pero no será a nosotros.*

Permaneció, ceñuda, con el pomo de la puerta en la mano, dudando por un momento mientras intentaba darle un sentido a esa extraña sensación. Si sobrevivían a la operación de reconocimiento, si lograban tener éxito en su lucha contra Umbrella, ¿por qué no iban a poder regresar a sus casas? No lo sabía, pero la sensación era tremendamente poderosa. Algo saldría mal, algo iba a ocurrir...

—Eh, Jill, ¿estás bien?


Jill levantó la mirada y vio en su cara el mismo gesto de preocupación que momentos antes. Habían llegado a conocerse bastante bien en las últimas semanas, aunque ella sospechaba que Chris deseaba conocerla aún más.

*Ah, vaya. ¿No te gustaría a ti también?*

La sensación de catástrofe se fue diluyendo, y otras sensaciones confusas la reemplazaron. Jill sacudió mentalmente su cabeza y asintió con un gesto de la barbilla, mientras dejaba de lado sus sentimientos. El vuelo a Nueva York no iba a esperarla para que se dedicara a revisar sus sentimientos o para







que se preocupara por asuntos que no podía controlar, fueran imaginados o verdaderos.

Y, sin embargo, esa sensación...

—Salgamos de una vez de aquí —dijo por fin, y lo dijo de corazón.

Se adentraron en la noche y dejaron la oscura casa a sus espaldas, silenciosa y solitaria como una tumba.

## 2

3 de octubre, 1998

El crepúsculo ya se había asentado a lo largo de las montañas y había pintado el paisaje quebrado con tonos de penumbra púrpura. El cielo serpenteaba a través de la creciente oscuridad, rodeado por colinas sombrías que se alzaban hacia el cielo sin nubes, extendiéndose hacia las primeras insinuaciones del brillo de las estrellas.

Leon habría apreciado más la belleza del paisaje si no fuese porque iba a llegar tan *tarde*. No tendría problema para estar a tiempo en la comisaría cuando comenzara su turno, pero habría deseado pasar antes por su apartamento para soltar su equipaje, darse una ducha y comer algo. Tal como estaban las cosas, sería una suerte si tenía tiempo para pararse a comprar algo en un bar de carretera. En la última parada se había cambiado de ropa y se había puesto su uniforme, lo que le había ahorrado un par de minutos, pero aun así, realmente la había *fastidiado* bastante.

*Muy bien, agente Kennedy, así se hace. El primer día de trabajo y tendrás que quitarte los restos de la hamburguesa de queso de entre los dientes mientras pasan lista y explican las patrullas. Todo un profesional.*

Su turno empezaba a las nueve en punto, y ya eran más de las ocho. Leon apretó un poco más el pedal del acelerador, aunque su jeep acababa de pasar al lado de una señal que le

indicaba que estaba a media hora de Racoon City. Al menos, la carretera estaba bastante despejada. Con excepción de un par de coches, no había visto a nadie en lo que a él le habían parecido horas. Aquello era un cambio agradable comparado con el atasco de tráfico que había sufrido en las afueras de Nueva York y que le había costado la mayor parte de la tarde. Incluso había llamado la noche anterior para intentar dejarle un mensaje al sargento encargado del turno de noche para decirle que quizá llegaría tarde, pero debía haber algún fallo en la línea telefónica, porque lo único que había sonado era la señal de comunicando.

El poco mobiliario del que disponía ya lo había trasladado al pequeño apartamento tipo estudio en el distrito Trask, un barrio de trabajadores pero acogedor. Había un parque a poco más de dos manzanas de su casa, y la comisaría estaba a sólo cinco minutos en coche. Se acabaron los enormes atascos, se acabaron los tugurios superpoblados, se acabaron los actos de brutalidad sin sentido. Si lograba sobrevivir a la vergüenza de empezar su primer turno como agente de policía sin haber tenido tiempo de deshacer las maletas, deseaba vivir en una pequeña ciudad pacífica como Racoon City.

*Este lugar tendrá bien poco que ver con la Gran Manzana,<sup>2</sup> muchas gracias... Bueno, excepto en estos últimos meses, con esos asesinatos...*

A pesar de intentar evitarlo, sintió un ligero estremecimiento por la emoción. Por supuesto, lo que había ocurrido en Racoon City había sido horrible, pero no habían atrapado a los asesinos, y lo cierto es que la investigación apenas había comenzado. Y si le caía bien a Irons, tan bien como les había caído a los directores de la academia de policía, quizá tendría la oportunidad de trabajar en el caso. Le habían llegado rumores de que el tal Irons era un poco capullo, pero Leon sabía que su entrenamiento había sido de primera clase y que incluso un capullo estaría un *poco* impresionado. Después de todo, se había graduado entre los diez primeros de su promo-

---

2. Nombre con el que también se conoce a la ciudad de Nueva York. (*N. del t.*)

ción, y no era un completo extraño en Racoon City, ya que había pasado la mayoría de los veranos allí cuando era un chaval, mientras sus abuelos vivían. Por entonces, el edificio de la comisaría había sido una biblioteca, y a Umbrella todavía le quedaban muchos años para convertir el pueblo en una pequeña ciudad.

Sin embargo, en su mayor parte seguía siendo el lugar tranquilo que recordaba de sus años infantiles. En cuanto los asesinos caníbales estuvieran entre rejas, Racoon City sería un lugar ideal de nuevo, una comunidad tranquila y limpia asentada entre las montañas como un recóndito paraíso.

*Así que me instalo y, en una o dos semanas, Irons se da cuenta de lo bien redactados que están mis informes o lo buen tirador que soy en la galería de tiro. Me pide que eche un vistazo a los informes del caso, sólo para familiarizarme con los detalles antes de enviarme a realizar los trabajos cotidianos, y yo veo algo que nadie ha visto. Quizás una pauta o un motivo común para asesinar a algunas de las víctimas... Quizás un error en el informe de un testigo que nadie ha comprobado porque todos llevan demasiado tiempo metidos en el caso. Y fíjate que llega este poli novato y resuelve el caso, y no hace ni un mes que ha salido de la academia...*

Algo se cruzó por delante del jeep.

—¡Jesús!

Leon apretó el freno y el todoterreno viró de un lado a otro mientras él salía de su ensimismamiento y se esforzaba por controlar el vehículo. Los frenos se bloquearon y el chirrido de las gomas de las ruedas sonó como un grito. El jeep dio la vuelta hasta quedar encarado hacia los oscuros árboles que se alineaban a lo largo de la carretera y finalmente se detuvo en el arcén tras una última sacudida de toda la carrocería.

Leon tenía el corazón en un puño y el estómago en la garganta. Abrió la ventana y sacó el cuello para poder ver al animal que había pasado a toda velocidad por la carretera. No le había llegado a dar, pero había estado muy cerca. Le parecía que se trataba de un perro, pero no lo había visto con claridad. Era de gran tamaño, quizás un pastor alemán o un dobermann algo crecido, pero había algo raro en aquel perro.

Sólo lo había visto una fracción de segundo, como un relámpago de ojos rojizos y un cuerpo esbelto y ágil parecido al de un lobo, pero había algo más, parecía estar...

*¿Sudoroso? No, sólo fue una impresión, la luz me ha jugado una mala pasada en la vista. O estabas tan cagado de miedo que viste otra cosa. Estás bien y no le has dado, eso es lo importante.*

—Jesús —dijo de nuevo, esta vez en voz más baja, y se sintió a la vez aliviado y bastante enfadado mientras la adrenalina comenzaba a disminuir en su sistema sanguíneo. Los que dejaban sueltos a sus perros eran auténticos idiotas. Proclamaban a los cuatro vientos que querían que sus mascotas fueran libres, pero luego se sorprendían cuando acababan aplastados bajo las ruedas de un coche.

El jeep se había detenido a pocos metros de una señal de tráfico en la que se leía: «Racoon City 10». Distinguió las letras con la escasa luz del moribundo crepúsculo. Leon echó un vistazo a su reloj. Todavía le quedaba poco más de media hora para llegar a su comisaría. Le sobraba tiempo, pero, por alguna otra extraña razón, se quedó allí quieto y sentado, respirando profundamente con los ojos cerrados. La suave brisa cargada con el olor a pinos le refrescó la cara. El desierto tramo de carretera parecía tranquilo, pero de un modo antinatural, como si todo el paisaje estuviese conteniendo la respiración, a la espera. Cuando su corazón recobró su ritmo normal, se sorprendió al descubrir que seguía intranquilo, que incluso sentía un poco de ansiedad.

*Los asesinatos de Racoon City... ¿Verdad que algunas de las personas murieron por ataques de animales? ¿Unos perros salvajes o algo parecido? Quizás ése no era un perro de compañía, después de todo.*

Un pensamiento inquietante..., que aumentó cuando de repente también sintió que el perro todavía se encontraba en las cercanías, que quizá lo estaba observando oculto entre las sombras de los árboles.

*Bienvenido a Racoon City, agente Kennedy. Vigile las cosas que quizá lo están vigilando...*

—No seas capullo —se dijo a sí mismo con un murmullo,



y se sintió un poco mejor cuando oyó el tono de adulto en plan «no digas tonterías» en su voz. A menudo se preguntaba si alguna vez se libraría de su imaginación desbordante.

*Sueñas despierto como un chaval con la idea de atrapar a los tipos malos y luego te inventas a unos monstruos con forma de perros que acechan en los bosques... Oye, Leon, intenta comportarte según la edad que tienes, ¿de acuerdo? Por Dios, eres un poli, una persona adulta...*

Encendió de nuevo el motor y volvió a la carretera, sin hacer caso de la extraña sensación de intranquilidad que había logrado apoderarse de él a pesar del tono autoritario de su mente consciente. Tenía un nuevo trabajo y un lindo apartamento en una bonita y floreciente ciudad. Era un tipo competente, inteligente y con cierto atractivo: mientras mantuviera a raya a sus glándulas creativas, todo iría bien.

—Y ya estoy de camino —se dijo a sí mismo, obligándose a sonreír de un modo que le sonó fuera de lugar pero que de repente le pareció necesario para tranquilizarse. Estaba de camino hacia Raccon City, hacia una prometedor nueva vida. No había nada por que preocuparse, nada en absoluto...

Claire estaba exhausta, tanto física como emocionalmente, y el hecho de que el trasero le doliera desde hacía un par de horas no ayudaba mucho. Le parecía que el rugido del motor de su Harley Davidson se había asentado con firmeza en sus huesos, como contrapunto físico de las mariposas que sentía en el estómago y, por supuesto, lo peor de todo parecía proceder de su recalentado y dolorido trasero. Además, estaba oscureciendo y, como perfecta idiota que era, no llevaba sus ropas de cuero para montar en moto. Chris se cabrearía un montón.

*Va a gritarme hasta que se le salten las venas del cuello, pero no me importa en absoluto. Por favor, Dios, que esté allí para gritarme por lo idiota que soy...*

La Harley siguió zumbando a lo largo de la oscura carretera. El ruido de su motor regresaba como un eco después de rebotar en las laderas de las colinas, repletas de árboles. Dobló las curvas con mucho cuidado: se había percatado de que la





carretera estaba prácticamente desierta, así que, si se caía, pasaría mucho tiempo antes de que alguien pasara para ayudarla.

*Como si eso importara. Cáete de la moto sin el equipo de protección puesto y tendrán que apartar tus restos del asfalto con una espátula.*

Era una estúpida. Sabía que había sido una estúpida por salir con tanta prisa como para no vestirse en condiciones... pero también sabía que a Chris le había pasado algo. Diablos, algo le había pasado a *toda* la ciudad. A lo largo de las dos últimas semanas, la creciente sospecha de que su hermano estaba metido en problemas se había convertido en una certidumbre. Y las llamadas que había efectuado a lo largo de la mañana le habían corroborado sus temores.

*No hay nadie en casa. No hay nadie en ninguna casa. Es como si todo Racoon City se hubiera mudado y no hubiera dejado una dirección de contacto.*

Era realmente malo, aunque no le importaba lo que le pasara a Racoon City. A ella lo único que le importaba era que Chris vivía allí, y que si le había ocurrido algo malo...

Ella no podía, no *debía* pensar de ese modo, no podía pensar en eso. Chris era lo único que le quedaba en la vida. Su padre había muerto durante la construcción de un edificio cuando los dos todavía eran unos críos, y cuando su madre había muerto en un accidente de coche tras años antes, Chris había hecho todo lo posible por adoptar la función de sus padres muertos. Aunque sólo tenía algunos años más que ella, la había ayudado a escoger una universidad y le había encontrado un psicólogo bastante bueno para que la ayudara a superar el trauma. Incluso le mandaba algo de dinero todos los meses aparte de lo que ella cobraba del dinero del seguro de vida de sus padres. Era lo que él llamaba «dinero para salir». Y además de todo eso, la llamaba cada dos semanas, sin fallar, como un reloj.

Ese mes, sin embargo, no la había llamado ni una sola vez, y ni siquiera había contestado a los mensajes que ella le había dejado. Había intentado convencerse de que era una ton-



tería preocuparse. Quizás había encontrado por fin una chica, o había ocurrido algo con respecto a la suspensión de los STARS, fuese lo que fuese exactamente eso. Pero después de tres cartas sin contestación y de esperar durante días a que el teléfono sonase, había acabado llamando a la policía de Racoon City aquella misma tarde, con la esperanza de que alguien supiera qué le había pasado. Lo único que había obtenido era la señal constante de comunicación.

Allí sentada en su dormitorio, mientras oía el latido mecánico sin vida del teléfono, había comenzado a preocuparse de verdad. Incluso una pequeña ciudad como Racoon City tenía un sistema de contestador automático para todas las llamadas en espera. La parte racional de su mente le aconsejó que no se dejara dominar por el pánico, que una línea sobrecargada no era motivo para alarmarse... pero su parte más emocional ya estaba gritando que una leche, que allí ocurría algo raro, y malo, por añadidura. Tras hojear con manos temblorosas su agenda de teléfonos había llamado a unas cuantas personas a las que ella consideraba amigos de Chris, a sitios o a gente a los que él le había dicho que llamara si estaba metida en problemas y él no estaba en su casa: Barry Burton, el restaurante de Emmy, un policía al que nunca había conocido llamado David Ford... Incluso llamó al teléfono de Billy Rabbitson, aunque Chris le había dicho que había desaparecido hacía meses. Con excepción de un sobrecargado contestador automático en la casa de David Ford, sólo había obtenido señales de comunicación.

Para cuando colgó después de la última llamada, la preocupación se había convertido en algo muy parecido al terror. Sólo tardaría unas seis horas y media desde su universidad hasta Racoon City. Su compañera de habitación le había pedido prestadas sus ropas de montar en moto para irse con su nuevo novio motero, pero Claire tenía un casco de repuesto, así que, con aquella sensación que todavía no llegaba a ser de pánico entremetiéndose en sus pensamientos, simplemente había agarrado el casco y se había marchado.

*Estúpida, quizás. Impulsiva, desde luego. Y si Chris está sano*



*y salvo, los dos podremos reírnos de mis paranoias hasta que reventemos de la risa. Pero hasta que descubra qué está pasando, no tendré un momento de paz.*

Los últimos restos de la luz del día se escapaban por el horizonte del cielo sin nubes, aunque la débil luz de la luna casi llena y el faro de su Softail le proporcionaban luz suficiente para ver, más que suficiente para distinguir con claridad el cartel de «Racoon City 10».

Claire volvió a centrar su atención en conducir su pesada moto mientras se decía a sí misma que Chris estaría bien, que si hubiese ocurrido algo extraño en Racoon City, *alguien* habría dado la voz de alarma a aquellas alturas. Pronto sería noche cerrada, pero estaría en Racoon City antes de que oscureciera demasiado como para montar en moto sin problemas.

Pronto descubriría si Racoon City era un sitio seguro o no.